

bras, necesitan también pan, y la sociedad á que los obreros se dirían para obtener su salario bien ganado, declaraba en quiebra sus promesas; no reconocía ya aquel «derecho al trabajo» que algunos ministros, y no de los de menor importancia, habían reconocido oficialmente. Los socialistas eran todavía una minoría ínfima, harto escasa para obrar sobre la opinión pública de otro modo que excitando la sorpresa y hasta promoviendo el escándalo. Es indudable que las doctrinas de renovación social, habiendo salido ya del dominio de la abstracción y de la fantasía, habían pasado todas por la prueba de la experimentación; habían intentado hacerse vivientes, cesando por ese hecho de pertenecer á la utopía para venir al terreno práctico¹; pero ¿en qué desacuerdo se hallaban esas teorías, y qué imposibilidad había de sacar una resultante general! Algunos socialistas de la época hubieran comenzado por instituir el poder absoluto antes de «organizar» el nuevo funcionamiento social; el mayor número de los reformadores se hubiera contentado con utilizar para nuevos fines la jerarquía ya existente; algunos otros hubieran ante todo arrasado todas las autoridades establecidas.

Frente á la rutina hereditaria que condena al trabajo mal retribuido los no poseedores del suelo, ¿qué significan los experimentos intentados en distintos lugares acerca de la constitución de una sociedad de armonía en que todos tendrían el porvenir asegurado y la vida se deslizaría dichosa y fraternal? Las tentativas fueron ciertamente muy interesantes, pero no pasaron de breves relámpagos sobre el negro fondo de la servidumbre tradicional. En 1812, Roberto Owen, después de haber demostrado que el hombre es determinado por su medio, quiso probar también en su manufactura de New-Lanark que dando á ese medio condiciones de justicia y de equidad perfecta, se lograría modificar paralelamente los individuos. Después, en 1824, sobre el terreno virgen de América, ensanchó sus experimentos y «armonías» sociales, que se imitaron en diversos lugares de los Estados Unidos, y que alcanzaron casi todas buen éxito material, aunque acabaron por dejarse absorber de nuevo por el ambiente del capitalismo todopoderoso.

¹ Bernard Lazare, *Histoire des doctrines révolutionnaires*, p. 3.

Aunque menos importantes por los ensayos de realización, los experimentos hechos en Francia tuvieron más influencia en la elaboración de las ideas. El poderoso genio de Carlos Fourier removió profundamente el ánimo de los pensadores y agrupó en su cortejo intelectual los hombres más generosos; pero aquellos discípulos, que representaban tan notable eflorescencia intelectual, no eran bastante numerosos ni lo suficientemente ricos para fundar un falansterio en el bello conjunto arquitectónico y jerárquico concebido por el maestro — sin contar que el falansterio sólo representaba el lado menor de su doctrina —; los ensayos en pequeño intentados en Condé-sur-Vesgre, en Brook-Farm ó en otros sitios, estaban condenados de antemano á perecer como obras incompletas. Asimismo la colonia de Menilmontant, atrevidamente establecida en las inmediaciones de París, y que intentó realizar la unión armónica de las tres fuerzas, el trabajo, el capital y el talento, chocaba harto ostensiblemente, por su traje y sus ritos, con las costumbres tradicionales de la burguesía, para que la ley no interviniera brutalmente y no dispersara los asociados, casi todos hombres de ciencia y de prestigio intelectual, destinados á dejar huella en la historia.

Otra doctrina más sencilla y hasta cándida, casi pueril en sus concepciones sociales, obró de una manera mucho más poderosa sobre cierta parte del pueblo: tal fué la doctrina comunista pura, formulada por Cabet en lenguaje evangélico, que daba satisfacción al viejo instinto de las masas que en todo tiempo les hizo ver el fin de sus males en la vuelta hacia la comunidad de las tierras y en su complemento natural la comunidad de los bienes, por lo que Cabet halló numerosos partidarios, y cuando se despidió del viejo mundo para fundar la Icaria sobre la tierra virgen de América, fué seguido por centenares de discípulos ansiosos de la vida de paz y de felicidad que esperaban gozar en su compañía. ¡Pobre Icaro, cuyas alas se derritieron por el fuego de los rayos del sol! Pero ¿cómo podía subsistir sin libertad una comunidad con individuos que no fueran frailes embrutecidos por la obediencia, la humillación y las maceraciones?

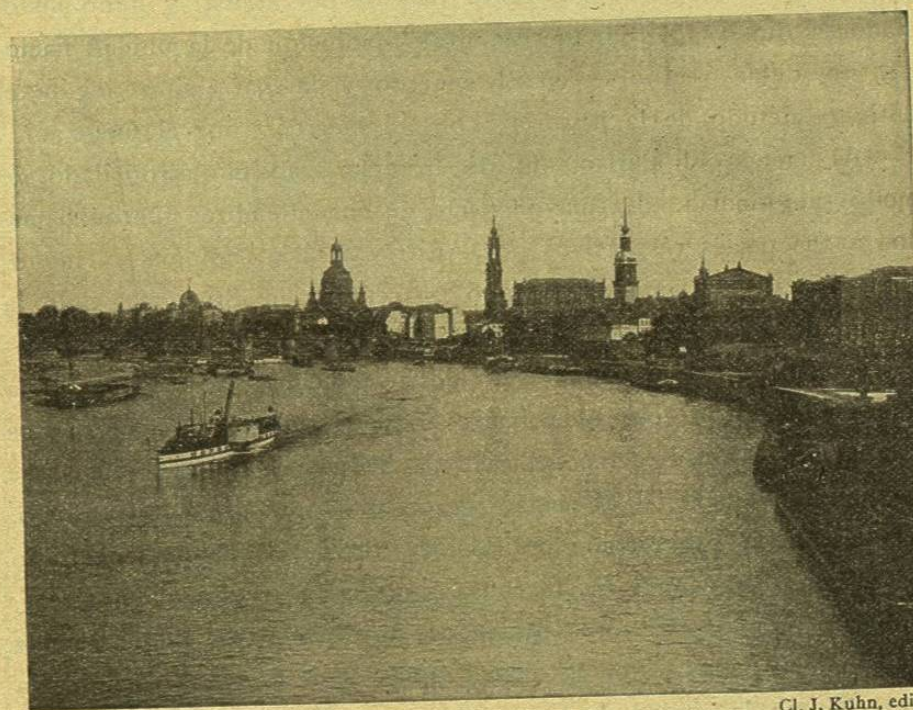
La suma de los experimentos que podía invocar el socialismo naciente para descubrir en breve plazo la dichosa solución de la

cuestión social era, pues, bien insuficiente. Además, los políticos empíricos, encargados de gobernar y legislar, distaban mucho de entenderse sobre la conducta que había de seguirse; hasta se daba el caso de que la mayor parte de ellos opinaban que no existe la «cuestión social» y que basta atender lo mejor posible las dificultades del momento sin tratar de modificar lo más mínimo las relaciones entre los capitalistas y la carne de trabajo. Mientras que innovadores elocuentes, generosos, aclamados, formando la más bella escuela de sociología militante que el mundo haya visto jamás, dirigían al pueblo sus excitaciones para impulsarle hacia una forma de sociedad más equitativa, otros hombres preparaban en silencio los medios de insurreccionar los trabajadores con el fin de diezmarlos á continuación por medio de una matanza saludable.

Su conspiración logró el objeto propuesto. Los obreros parados, á quienes se empleaba en los «talleres nacionales» en acarrear tierras de un lado para otro y en empedrar y desempedrar las calles, fueron repentinamente despedidos y, por decirlo así, desafiados á la rebeldía por la prensa al servicio de la burguesía. En efecto, la batalla estalló terrible, encarnizada, á fines del mes de Junio de 1848, y durante varios días se sucedieron los combates y las matanzas de prisioneros. Los obreros insurrectos, tratados de «Beduinos» por los generales de Africa, aprendieron á sus expensas que la burguesía republicana sabía igualar y quizá exceder á los reyes en la ferocidad de la represión. Al mismo tiempo que los vencedores de Junio habían reducido al silencio por largo tiempo las reivindicaciones del socialismo, habían transformado la república en una servidora de las monarquías de derecho divino; en Francia, bajo el falso nombre de «Presidencia», se hizo pronto el Imperio.

En Inglaterra se había realizado el movimiento de reacción paralelamente y hasta de una manera más completa, puesto que la agitación «cartista» había sido sofocada sin que el Parlamento hubiera de recurrir á los grandes medios de batalla ó de matanza. Privada de sus dos campeones, Europa volvía á ser presa de sus opresores tradicionales: un reflujo general sucedía á la ola que la Revolución había propagado á través del mundo.

El Parlamento de Francfort luchaba con dificultades insuperables: tenía que agrupar en una federación monarquías absolutas; después había de ocuparse de los hermanos alemanes no representados en la dieta, como los del Schleswig y los de las orillas del Vístula, y de muchos otros problemas insolubles para él. En



DRESDE Y EL ELBA

Cl. J. Kuhn, edit.

realidad, el Parlamento, dominado por el antagonismo de los dos poderes fuertes — Prusia y Austria —, sólo era un instrumento en manos de los príncipes federados que dejaban pasar la tempestad revolucionaria. Los Alemanes, que en nombre de la unidad germánica, se habían establecido ya victoriosamente en el Schleswig, evacuaron su conquista, y las barricadas levantadas en las mismas calles de Francfort (18 Septiembre) fueron deshechas sin dificultad. Para colmo de humillación, el Parlamento acabó por escoger como emperador de Alemania aquel mismo rey de Prusia que, durante todo el período revolucionario, había afectado ignorar la existencia de la asamblea y que había contrarrestado maliciosamente todas sus

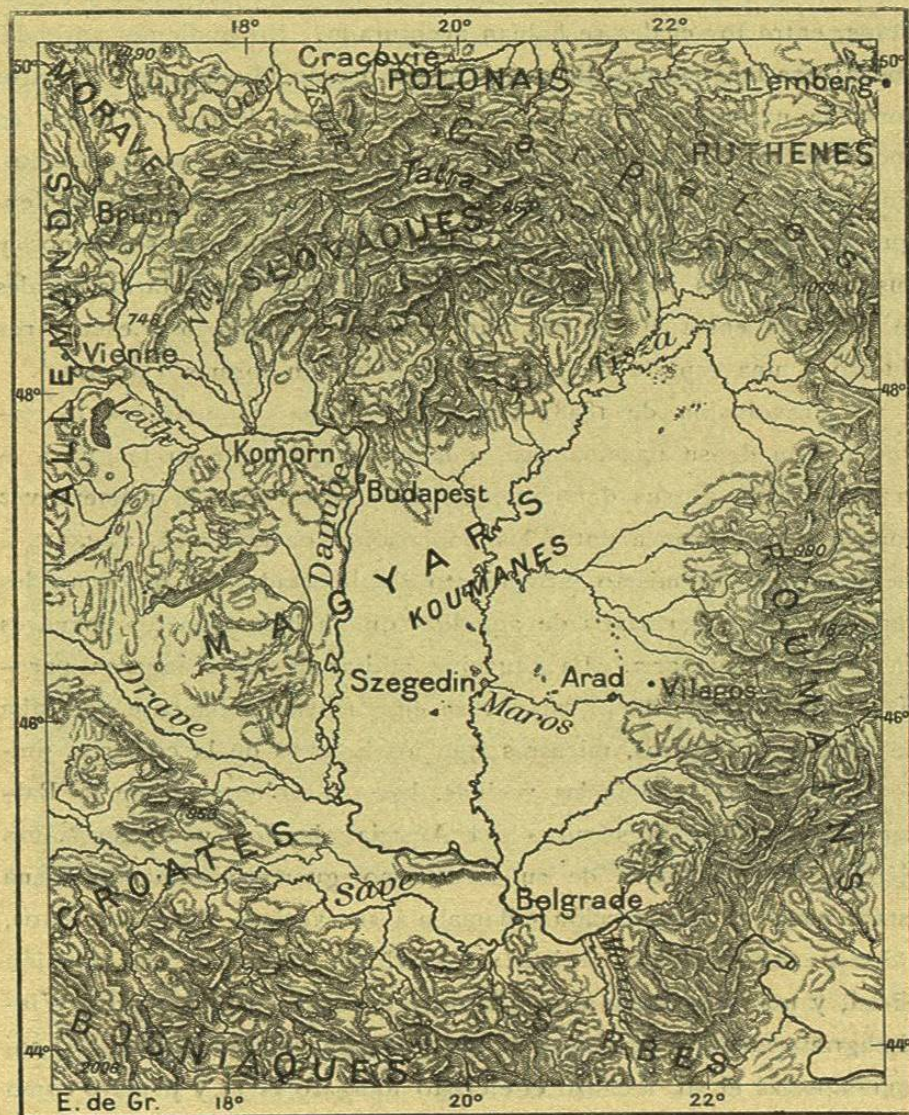
decisiones. Y esta vez aún el rey no hizo á los delegados de la nación el honor de aceptar su ofrecimiento: no era al pueblo, á la burguesía, á quien consentía deber el imperio; únicamente los otros príncipes, sus primos y sus hermanos, le parecía que tenían derecho á dar la corona imperial; no admitía que la transformación se hiciera por abajo, sino que debía hacerse por arriba, y hubo historiadores que añadieron que esa gran revolución de la unidad nacional no debía realizarse en el acuerdo y la paz, sino según el antiguo método de la historia, «por el hierro y por el fuego».

Al menos el Parlamento de Francfort no fué atropellado de modo sanguinario. La mayor parte de sus miembros fueron llamados á sus países respectivos por Austria, Prusia, Sajonia y Hannover: el resto parlamentario buscó un refugio en Stuttgart, pero la última alocución del presidente fué cubierta con un redoble de tambores. Era aquel el último acto de la comedia; la tragedia había comenzado ya. Rechazados hacia el Sud después de sangrientos combates, los insurrectos del país de Baden, ó sea los defensores de la unidad nacional alemana, fueron más que diezmados; luego, después de la capitulación de Rastadt, donde se habían encerrado los últimos campeones de la causa vencida, el régimen del terror, impuesto por los invasores prusianos, mortificó á los Badenses durante muchos años. Por la misma época otros Prusianos dirigían la represión en la ciudad de Dresde: los consejos de guerra cortaban las cabezas, llenaban las cárceles y confiscaban las propiedades. Uno de los triunviros que habían dirigido la resistencia de los insurrectos de Dresde, Ricardo Wagner, ya célebre como autor del *Tannhäuser*, logró escaparse, mientras que Miguel Bakounine, el famoso agitador ruso que había sido el alma de la resistencia, fué preso, encerrado en un calabozo y entregado al emperador de Rusia, el gran jefe de la reacción europea.

Al czar Nicolás se dirigió también el gobierno de Austria para poner término á la insurrección de los Húngaros. Aquel pueblo asiático, hermano de los Turcos por el origen y por el lenguaje, había obedecido á destinos diferentes que su vecino de las comarcas balcánicas: la religión les había irremediabilmente separado; mientras los Turcos se habían constituido en vanguardia de las na-

ciones musulmanas, los Húngaros ó Magyares, por su situación geográfica, se habían colocado á la cabeza de todas las naciones cris-

N.º 447. Llanura de Hungría.



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

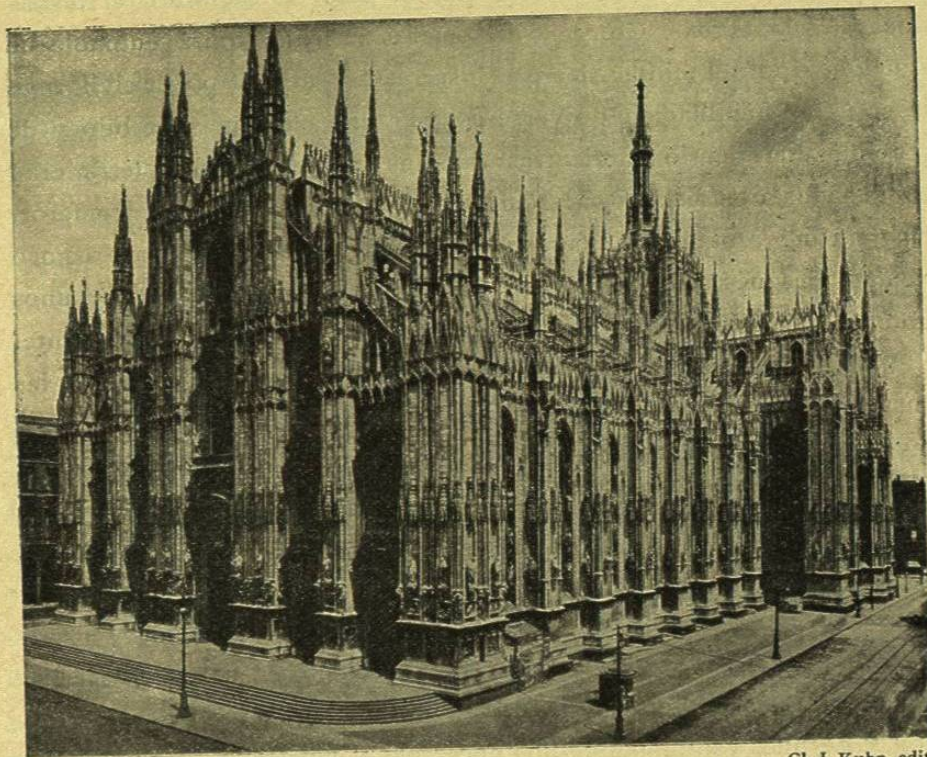
tianas, y unas veces vencedores y otras vencidos y hasta absolutamente sometidos, habían sufrido más que todos los demás en la lucha interminable y sin tregua. Pero, aunque sacrificándose por la

causa de todos, los Húngaros sólo eran acogidos á medias por los demás Europeos: apenas se les conocía y se veía en ellos lo que eran en efecto, Asiáticos no adaptados todavía á su medio en ese caos de los pueblos, Eslavos, Alemanes, Italianos, Rumanos y Friulanos, entre los cuales se habían aventurado. No pudiendo aprender todas esas lenguas tan diferentes de su propio idioma, los Húngaros tomaron naturalmente por lengua intermediaria la que se usaba en todas las cancillerías donde se redactaban convenciones y tratados. Sus propios escribas, sus frailes, decidieron emplear una misma lengua, el latín, y durante ocho siglos, hasta 1848, los soberanos y sus vasallos, los jueces, los clérigos, hasta los propietarios rurales le hablaron entre sí; el tal latín era muy modificado y estaba reducido á una especie de jerga, muy pobre en formas verbales¹.

La revolución de 1848, que impulsó á los Húngaros á la reivindicación de su nacionalidad, á la restauración de su lengua y á la reconquista de sus derechos, les hizo entrar por la primera vez como nación europea entre las poblaciones occidentales, agitadas á la sazón por el mismo movimiento de libertad. Su heroísmo les consagró como hermanos de aquellos que habían sido los mayores en la civilización aria. La situación militar de los Húngaros parecía desesperada en un principio: su ejército casi solamente constaba de bandas irregulares, mientras que los Eslavos de la comarca, unidos á los de las provincias vecinas, hasta á voluntarios de la Balcania, aportaban al servicio del Austria alemana y de su sólido ejército toda la fuerza de su entusiasmo guerrero. Cuando Viena estaba en plena insurrección y llamaba á sus vecinos Magyares, éstos, «siempre formalistas y juristas» (Asseline) esperaron una petición oficial, y no vinieron sino muy tarde y en muy corto número: Windischgrätz atacó á Viena el 28 de Octubre, la bombardeó el 29, contemporizó el 30, rechazó el ejército húngaro el 31 y penetró como vencedor en la capital austriaca el 1.º de Noviembre. Pronto le tocó el turno á Pest: el gobierno húngaro hubo de evacuar la ciudad y concentrar todas las fuerzas militares al este del Tisza. Pero el general polaco Bem, que después de haber mandado la Viena insu-

¹ Anton Bartel, 1896, *Dictionnaire*.

rrecta logró escaparse, realizaba en Transylvania prodigios de estrategia victoriosa, y poco después, Gœrgei, nombrado general en jefe del ejército magyar, poderosamente reorganizado por Kossuth, alcanzaba sucesivamente victorias que excitaban la esperanza de los republicanos de Europa: los Austriacos se vieron forzados á evacuar Pest y á replegarse en desorden hasta la frontera. Entonces el em-



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE MILÁN

perador de Austria tuvo que llamar á su socorro á su gran aliado Nicolás, czar de todas las Rusias: ciento cincuenta mil hombres penetraron en la comarca por las fronteras del Oeste y del Norte, al mismo tiempo que por el Sud avanzaban los Servios y que por el Oeste los Alemanes tomaban la ofensiva. El pequeño ejército húngaro, rodeado por todas partes, combatió desesperadamente hasta el momento en que Gœrgei, nombrado dictador, capituló en nombre de toda la nación en la llanura de Vilagos, no lejos de Arad (13 Agosto 1849). Poco después cesó toda resistencia, excepto en la fortaleza